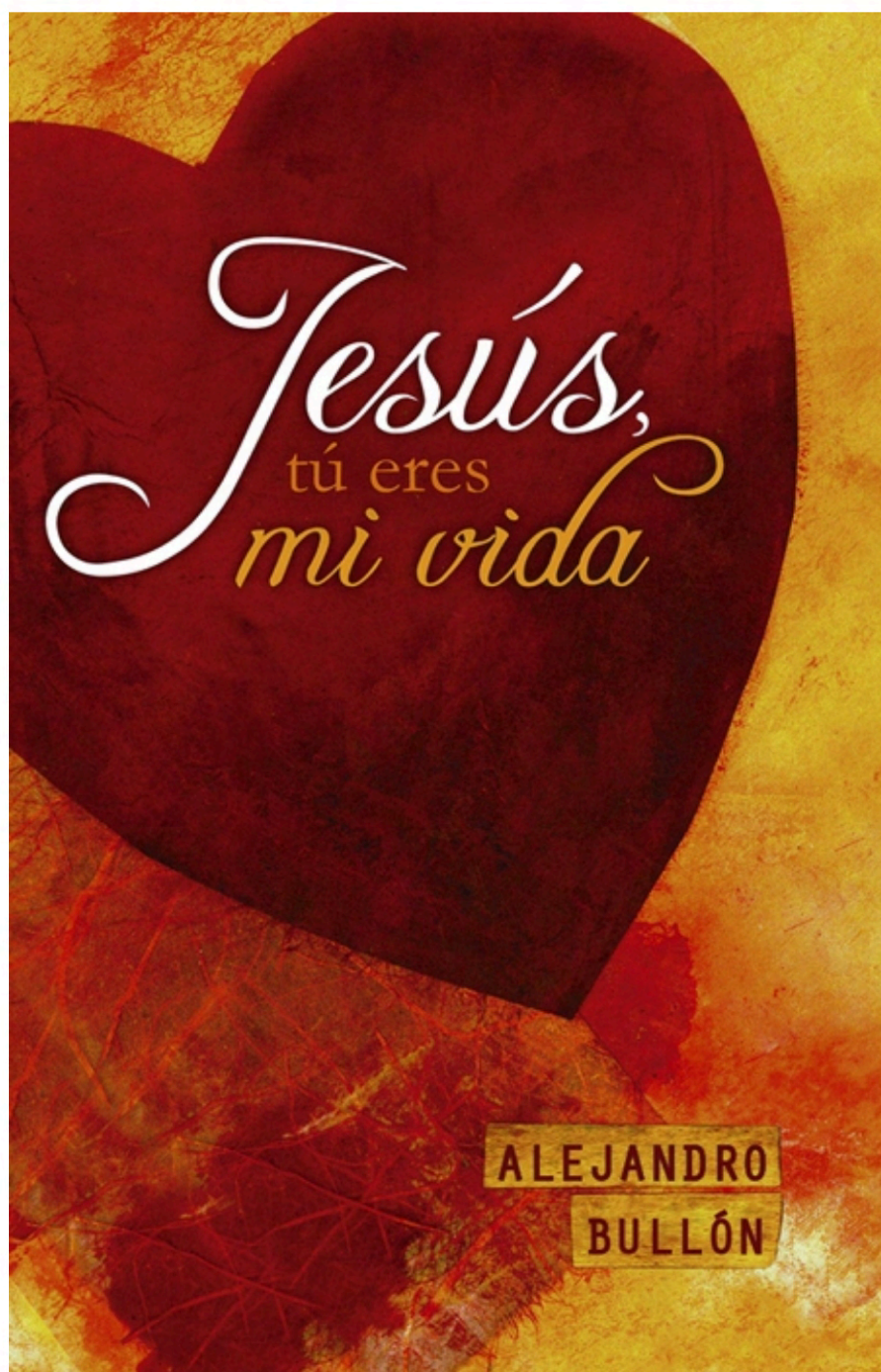




Introducción

En la vida de un pastor hay situaciones que le oprimen el corazón. Aquella era una de esas. El hombre que hablaba conmigo, sentado en actitud de fracaso frente de mi escritorio, era un anciano de iglesia.

“Estoy cansado de luchar”, me dijo. “Son treinta años de intentos frustrados. Dios sabe que desde el momento en que conocí la verdad luché, hice mi parte, me esforcé, pero parece que no conseguí nada. No aguanto más, pastor, y pienso que lo más honesto de mi parte sería abandonar la iglesia antes que vivir la hipocresía de una vida fracasada”.

Después me habló de la sensación de estar perdido, de su inseguridad en cuanto a la salvación, de su miedo de perder la vida eterna, del pavor de la condenación.

¿Dónde estaba la vida abundante que Cristo prometió? ¿Dónde estaban la paz, la felicidad y el descanso que él ofreció?

¿Es posible alcanzar la victoria sobre el pecado? ¿Es posible vivir una vida de obediencia como la que vivió Jesús? ¿Por qué, entonces, cuantas más promesas hacemos y cuanto más nos esforzamos por obedecer por nosotros mismos, sin su ayuda, tanto más parece que nos distanciamos de nuestros objetivos?

¿Qué sucede con nosotros? Este librito fue escrito con el propósito de responder algunas de esas preguntas. El análisis de algunos incidentes, que tuvieron lugar durante el ministerio de Cristo y la observación de la experiencia de algunos hombres bíblicos victoriosos, será de gran ayuda para permitirnos comprender que es posible vivir una vida de victoria completa sobre el pecado. Después de todo, el último libro de la Biblia está

lleno de promesas maravillosas “al que venciere”.
Si es así, la victoria debe ser un hecho real. Aquí, y
ahora. Usted y yo podemos ser vencedores en
Jesús. ¿Cómo? Lea las páginas siguientes con
oración y lo descubrirá.

El Autor

Historia de las tres cruces

“Y uno de los malhechores que estaban colgados le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros.

Respondiendo el otro, le reprendió, diciendo: ¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación?

Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo. Y dijo a Jesús: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”.

Lucas 23:39-43.

Había dos caminos que salían de Jerusalén. Uno de ellos descendía a Jericó y el otro subía en dirección al Gólgota. A lo largo del primero, los bandidos y asaltantes vivían su vida corrupta, robando, violentando y aterrorizando a los inocentes viajeros. A lo largo del segundo, estos mismos bandidos pagaban el precio de su vida delictiva, llevando sobre sus hombros una cruz, para ser muertos en la cima de la montaña.

Aquel lugar era llamado el “Lugar de la Calavera”, porque allí se ejecutaba a los delincuentes. En aquel tiempo no había otra manera más cruel y humillante de castigar a una persona. Ni la moderna silla eléctrica, la guillotina o la horca pueden ser comparadas con la desgracia y el miserable sufrimiento que soportaba el malhechor suspendido en la cruz. Eran minutos y horas, muriendo lentamente. De día, el sol

quemaba sin piedad sus carnes; y de noche, el viento helado de la montaña castigaba el cuerpo debilitado del moribundo.

La muerte en la cruz era el símbolo de la muerte del pecador que va muriendo lentamente, atormentado por el sol de la culpabilidad o por el frío helado de la conciencia, afligiéndolo siempre y gritándole interiormente: “Tú no sirves, no puedes, nunca lograrás salir de aquí. Todo lo que mereces es la muerte”.

Había momentos en que el condenado imploraba la muerte. Era preferible morir a vivir muriendo. Usted, ¿se sintió así alguna vez?

Tres cruces se levantaban en esa cima de la montaña, y tres transgresores estaban listos para morir. Los ladrones habían quebrantado la ley de Roma. Jesús, la ley de Jerusalén. Ellos habían quebrantado la Ley de Dios. Jesús sólo había violado la tradición. El legalismo nunca se dará cuenta de la diferencia.

En medio de aquellas cruces pendía Jesús, supuestamente el peor de los tres. ¿Pensó alguna vez en el significado de aquella muerte? La misión de Jesús había sido siempre la de salvar a los pecadores. Vivió con ellos, los buscó donde estaban y los encontró, los amó, los perdonó, los transformó, y ahora moría entre ellos. Pasó las últimas horas de su vida en compañía de los pecadores, no con los ciudadanos que se creían buenos y rectos, sino con ladrones, asesinos y asaltantes tan crueles que habían sido amarrados a la cruz para morir como bestias del desierto, exterminados como animales salvajes, porque el mundo había perdido la esperanza de poder reformarlos.

La iglesia tiene que recordar siempre que su gran Maestro, el Señor Jesús, vivió y murió entre los pecadores para poder salvarlos.

La iglesia nunca debe olvidar que su gran

Maestro creyó en los peores seres humanos. Gracias a Dios que fue así, y que siempre es así y que continuará siendo así. Si así no fuera, ¿qué sería de usted y de mí?

Puede haber un momento en la vida en que, cansados de resbalar vez tras vez, nos miramos en el espejo de la vida y clamamos desalentados: “De nada vale seguir, yo nunca lo conseguiré”. Puede ser que por alguna circunstancia estemos a punto de perder la confianza en nosotros mismos. El mundo no cree más en usted. La familia tampoco, ni la iglesia, ni las personas más cercanas y ni usted mismo; pero, por favor, mire a la cima de la montaña y vea a su amigo Jesús muriendo y gritando: “Hijo, yo creo en ti, para mí no eres un caso perdido; si no fuera así, ¿por qué piensas que estoy aquí, colgado entre ladrones?”

La crucifixión reveló lo que hay de peor en el corazón humano, concentrando toda su vileza y odio en la persona de Jesús. Allí, en el Monte Calvario, tres hombres se miraban uno al otro en el momento de la muerte. Parte de la tortura era contemplar la agonía del hombre de al lado.

De repente, uno de ellos miró a Jesús y le dijo: “Señor, si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros”. Ese hombre mantenía su orgullo y justificación propia hasta el final. El dijo “si”, palabra ridiculizante de duda y de acusación que los hombres continúan usando hasta hoy. En realidad, lo que él estaba diciendo era: “Tú no eres mejor que yo. Tú necesitas tanta ayuda como yo y todavía más porque estás en el medio. Tú dices que eres el Hijo de Dios, el Rey de Israel. Quiero ver si consigues hacer alguna cosa ahora”.

¿Se da cuenta de que mientras Cristo creía en los hombres, éstos siempre dudaban de él? El ladrón dijo: “Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros”. Los sacerdotes dijeron: “Si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en

él". Satanás dijo: "Si eres Hijo de Dios, héchate abajo". Las mentes dominadas por la duda reclamaron siempre una demostración de poder, como si el poder fuera capaz de hacer lo que no había hecho el amor.

Siempre el anhelo supremo del ser humano fue verse libre del sufrimiento. "Sálvate a ti mismo y a nosotros también", pedimos. En su lugar, nosotros descenderíamos de la cruz si pudiéramos, pero Jesús sufrió solo por el pueblo que amaba, por aquellos que lo escarnecían con el terrible "si..." Jesús no castigó aquella falta de fe. Tan sólo pidió perdón para los que se burlaban de él.

Y esta actitud encendió una esperanza en uno de los ladrones. "Claro" –pensó él–, "si el perdón es para los que lo están crucificando, entonces también puede perdonarme a mí". Alguna vez había visto a Jesús amando y sanando a las personas. En aquella ocasión se había sentido impelido a abandonar su vida de crímenes, pero rechazó la invitación divina, continuó su vida equivocada y ahora estaba sufriendo la terrible consecuencia de su decisión.

Advierta que sus primeras palabras no son un pedido de perdón, sino de defensa para Jesús. Mirando al otro ladrón, dijo: "¿No tienes miedo de Dios, estando en la misma situación? Nosotros estamos pagando justamente el precio de nuestros delitos, pero este hombre no hizo nada malo". Era verdad, él no había hecho nada malo. Si alguna cosa podía atribuírsele era únicamente el hecho de amar a un ser humano con un amor sin límites. Pero allí estaba él, suspendido entre el pasado y el futuro, entre la vida y la muerte, entre el presente y la eternidad. Allí estaba él, colgado en la cruz.

El ladrón arrepentido reconoció su culpa: "Nosotros con justicia sufrimos". Admitió que era un pecador que necesitaba ayuda, y estaba dispuesto a buscarla, aunque fuera en la última

hora de su vida.

El primer ladrón acusó a Jesús de ser tan culpable como él. El segundo rechazó el orgullo y la justicia de su compañero, declarando: “Este ningún mal hizo”. El arrepentido suplicó: “Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”. Vea al hombre agonizante hablándole al Dios-hombre en agonía. Vea cómo el ladrón arrepentido le da a Jesús otra oportunidad de realizar aquello para lo cual el Señor había dejado el cielo: salvar a los pecadores de la eterna perdición.

El ex ladrón no pidió ser librado del sufrimiento ni reclamó venganza contra sus verdugos. Dijo: “Acuérdate de mí”. ¿Qué había en su pasado que valiera la pena recordar? ¿Crímenes, deshonestidad, rechazo de las oportunidades de enderezar su vida? Realmente, no había nada que valiera la pena recordar; no obstante dijo: “Acuérdate de mí”; porque aunque no tuviera un buen pasado, tenía un presente, y en ese presente aceptó por fe a aquel Dios-hombre que estaba muriendo a su lado. Él creyó, se dio cuenta de la miseria de su pasado y se arrepintió. Fue el único hombre que tuvo fe en el agonizante Salvador en esa hora terrible, y a pesar de estar envuelto por las sombras de la muerte miró a Jesús y pensó: “¡Señor, tú eres mi vida!”

Cuando todo parecía perdido, cuando hasta los discípulos de Jesús habían perdido la fe, este extraño colgado en la cruz creyó. Este es el mayor testimonio de fe en toda la Biblia. Esta es la más increíble historia de conversión. Muchos creyeron en el Cristo de los milagros, del alimento multiplicado y de los actos extraordinarios, pero sólo el ladrón creyó que la vida podría venir de aquel ser agonizante y debilitado.

La fe de ese hombre animó a Jesús en aquella hora tenebrosa y lo alentó a continuar su misión. Hubo luces que salieron de la oscuridad e

iluminaron el escenario. Y la paz reposó en el rostro de ambos en la cruz. Hasta aquel momento, tres hombres habían estado muriendo solos. Después de eso, sólo uno de ellos quedó solo, los otros dos murieron juntos.

Aunque todas las posesiones que tenían los condenados les habían sido confiscadas, nadie podía arrebatarse al ex ladrón el poder de la fe, y nadie sería capaz de quitarle a Jesús el poder del perdón. Piense ahora en cómo la fe de aquel hombre arrepentido trascendió y alcanzó a otros en medio de la multitud. Gracias a su conversión, el centurión encargado de la crucifixión también se convirtió. Esta es la esencia del plan de salvación: Jesús ofrece perdón, un ladrón lo acepta y su testimonio también induce al centurión a aceptar a Jesús. ¿Cuántos más habrán aceptado a Jesús en aquella ocasión? Sólo Dios y la eternidad lo dirán.

Advierta que de la cruz –símbolo de ofensa y vergüenza– viene la certeza de la salvación. “Hoy”, dijo Jesús, “a pesar de mi aparente fracaso, te prometo que estarás conmigo en el paraíso”. ¡Qué contraste entre el comienzo y el fin de aquel día en la vida del ladrón! Al nacer el día estaba condenado, era culpable, esperando con miedo la hora de la muerte, el último sufrimiento, el más horrible castigo, la suprema humillación. Pero, al atardecer, ese mismo hombre era una persona salva, perdonada, sin culpa, limpia de todo pecado pasado, porque alguien murió a su lado y pagó el precio. Así es como opera el evangelio en la vida de las personas.

El primer ladrón pidió ser librado del castigo que sus errores merecían y murió en sus pecados. El segundo aceptó el castigo terreno, pero encontró la liberación de la muerte eterna. Algunos pueden tomar al ex ladrón como ejemplo y decir: “Peco ahora y me arrepiento después”. Pero ese es un camino peligroso. La historia bíblica nos dice que

un ser se arrepintió y el otro no. El Señor perdonará, pero el precio de la aceptación postergada es mucho más alto. Nosotros lo pagamos con nuestra vida consumida y, además, corremos el peligro de no aceptarlo en el momento final. Nunca es tarde para Dios, pero puede ser tarde para nosotros, si postergamos la decisión.

El que piensa: “Peco ahora y me arrepiento después” no conoce los devastadores efectos del pecado en la vida. Dios está esperando a que me decida, antes que el pecado arruine mi vida hasta un punto tal en que ya no pueda librarme del sufrimiento físico como consecuencia de mis actos.

Dos caminos salían de Jerusalén. Uno hacia Jericó, el otro al Calvario. En el camino a Jericó, cierto día un hombre arriesgó su vida para cuidar a la víctima de un ladrón, y pagó por él el precio de su tratamiento. En el camino que sube al Calvario, otro hombre, voluntariamente y por amor, se hizo víctima y pagó con su propia vida la cura de la culpabilidad del ladrón. ¿No le gustaría mirar al Calvario y exclamar: “¡Señor, tú eres mi vida!”?

Tú eres mi vida

“Desde ese momento muchos de los discípulos lo abandonaron. –¿Quieren ustedes irse también? –preguntó Jesús, volviéndose a los doce. –Maestro –contestó Simón Pedro–, ¿a quién iríamos? Tú eres el único que tiene palabras que dan vida eterna, y nosotros las creemos y sabemos que eres el Santo Hijo de Dios”.

Juan 6:66-69 (La Biblia al Día).

El ambiente estaba tenso. Jesús, con su voz suave, había dicho cosas que sacudieron la estructura de los oyentes. Él nunca necesitaba alterar el tono de su voz para sacudir los corazones y llevarlos a pensar. Su voz era mansa y cariñosa, pero tenía la autoridad que provenía de su comunión constante con el Padre.

En aquella mañana muchos lo abandonaron. Así son las cosas con Jesús. Quien lo oía no podía permanecer neutral: o lo amaba o lo odiaba, pero por donde Jesús pasaba, nada quedaba igual; las cosas cambiaban, las vidas giraban ciento ochenta grados. Los hombres pasaban a estar a favor o en contra, o lo seguían o lo abandonaban.

Al oír las palabras de Jesús “muchos de los discípulos lo abandonaron”. Entonces Jesús miró a los Doce y les preguntó: “¿Quieren ustedes irse también?” Simón, sin vacilar un segundo, respondió: “Maestro, ¿a quién iríamos? Tú eres el único que tiene palabras que dan vida eterna”.

Esta declaración es mucho más que una

declaración teológica. Aquí está el secreto de una vida cristiana abundante y feliz. “Tú eres el único que tiene palabras que dan vida eterna”. Jesús mismo dijo: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida”.^[1] “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá”.^[2]

La vida, amigo mío, no es ni un período de tiempo ni un estado. La vida es una persona. Es Jesús. En él estamos vivos. Manteniendo permanente comunión con él estamos vivos. En el momento en que, por alguna circunstancia, cortamos nuestra comunión con él, perdemos la vida. Porque él es la vida. Podemos continuar andando, trabajando, corriendo, pero estamos muertos. Lo que los hombres llaman vida, separados de él no es más que el caos, el vacío existencial, la búsqueda incansable de un sentido para la existencia.

Esto nos muestra que para tener vida no es necesario primeramente hacer cosas, como pensaba el joven rico. No es preciso darse cincuenta latigazos ni hacer peregrinaciones. No se necesita buscar desesperadamente la fuente de la eterna juventud. Todo lo que se necesita es creer y permanecer en él. Podemos dejar de respirar como consecuencia de un accidente. O podemos ser consumidos por una enfermedad. Pero si cerramos los ojos creyendo en Jesús, continuaremos dormidos hasta el día de la mañana de la resurrección, en la que el Señor de la vida aparecerá de nuevo.

Esto es algo que debe quedar bien claro en la mente. La vida eterna no es una conquista del esfuerzo humano. Es un presente de amor. “El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida”.^[3]

En él estamos vivos. Separados de él estamos muertos. La vida depende de nuestra comunión y relación con la fuente de la vida, que es él. Por eso

podemos decir con toda convicción: “Jesús, tú eres mi vida”.

Referencias

[1] Juan 14:6.

[2] Juan 11:25.

[3] 1 Juan 5:12.

Tú eres mi salvación

“Eso demuestra que hoy ha llegado la salvación a esta casa —dijo Jesús—. Este era uno de los hijos perdidos de Abrahán y yo, el Hijo del Hombre, he venido a buscar y a salvar a las almas perdidas como ésta”.

Lucas 19:9 (La Biblia al Día).

La ciudad de Jericó había sido sacudida aquella mañana: los prejuicios y las tradiciones habían sido derribados. Jesús había entrado en la casa de un hombre pecador llevándole perdón, esperanza y restauración. Zaqueo corrió a los brazos de Jesús y quedó en comunión con él. Después de esto, el pequeño hombre de Jericó se levantó transformado. Jesús, al verlo feliz, dijo: “Hoy ha llegado la salvación a esta casa”.

¿Quién había llegado a la casa de Zaqueo? Jesús. Pero él dijo que había llegado la salvación. ¿Qué es la salvación? Quizá la pregunta no debe ser hecha así. Quizá la pregunta correcta deba ser: “¿Quién es la salvación?”

Porque la salvación no es un concepto, no es una circunstancia ni una enseñanza. La salvación es una persona. Es Jesús. Fuera de él, separado de él, no existe salvación. No hay otro nombre debajo del cielo en que podamos ser salvos.^[1]

¿Quiere ser salvo? Entonces vaya a Jesús. Quédese con él. Permanezca a su lado cada día, cada hora, cada minuto de la vida, en una relación de amor mutuo, en comunión ininterrumpida con la fuente de la salvación que es Jesús.

El drama del ser humano es que cuando pensamos en la salvación, pensamos

inmediatamente en aquello que debemos y en lo que no debemos hacer para alcanzarla. La pregunta del corazón humano parece ser: “¿Qué haré para ser salvo?” Eso nos lleva a buscar la salvación en cosas, en filosofías, en doctrinas extrañas y, a veces, hasta en el mero hecho de pertenecer a una iglesia sin saber por qué.

Cuando eso sucede, nuestro enfoque del cristianismo se basa sólo en la relación con la iglesia, con sus normas, con su código de vida, y no con la persona de Jesús. Entonces nuestro cristianismo llega a ser únicamente institucional, doctrinal, eclesiástico, pero no personal ni lleno de vida.

¿Quiere decir esto que la iglesia, las doctrinas y las normas no tienen importancia en la vida del cristiano?

De ninguna manera. Lo que queremos decir, y debe quedar bien claro, es que sin Jesús nada de eso tiene sentido. Por el contrario, al lado de él, en él, todo adquiere vida porque él es la Vida. Jesús entró en la casa de Zaqueo y su vida se transformó. Dejó de robar, acabó la angustia y la desesperación. Dejó de sentirse rechazado, perdido y condenado. Zaqueo podía decir con certeza: “Jesús, tú eres mi salvación”.

Referencias

[1] Hechos 4:12.

Tú eres mi justicia

“En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual le llamarán: Jehová, justicia nuestra”.

Jeremías 23:6.

Cuando era niño, escuchaba a los grandes orar pidiendo justicia: “Cúbreme con tu justicia”, decían. Y yo pensaba en Dios como un Papá Noel, con un gran saco lleno de justicia para distribuirla a todos los que la pidieran.

¿Qué es, para usted, justicia? ¿Qué es un hombre justo? ¿Oro alguna vez a Dios pidiéndole justicia? ¿Qué quería usted que le diera Dios?

Cuando usted piensa en la justicia de Dios, ¿piensa en un atributo? ¿Piensa en el poder para alcanzar la victoria? ¿En la capacidad de obedecer? ¿En el perdón?

¿Qué es justicia? Según nuestro texto, no es un atributo, ni una cosa, ni una doctrina ni un concepto. La justicia es una persona. Es Jesús, justicia nuestra.

Cuando yo pido justicia, Jesús me da justicia. Sólo que él viene junto con la justicia, porque él es la justicia. Nadie puede separar a Dios de su justicia. Ambos son una misma cosa. Jesús es justicia.

Si este concepto no está claro en mi mente, entonces cada vez que busque la justicia la buscaré y la confundiré con el buen comportamiento, con el esfuerzo para vivir una conducta irreprochable o con cualquier otra cosa parecida.

Pero si sé que él es la justicia y yo deseo ser un

hombre justo, todo lo que necesito hacer es ir a él y *permanecer* con él. Solamente en él somos hechos justicia de Dios.

Frecuentemente pensamos que un hombre justo es aquel que no miente, no roba, no mata y que cumple todo lo que está en la Ley de Dios. Esto es verdad, pero solamente cuando eso es el resultado de estar en Jesús y mantener comunión constante con él, porque Jesús es la justicia. Separados de él, el buen comportamiento no pasa de ser un mero formalismo. El cristianismo no es moralismo. El cristianismo es comunión con Jesús.

Para tener vida tenemos que ir a Jesús. Para ser salvos tenemos que ir a él, y para ser justos también tenemos que buscarlo. Porque él es la vida, él es la salvación y él es la justicia. Y si la vida, la salvación y la justicia son una persona, entonces tenemos que concluir diciendo que el cristianismo es una relación PERSONAL con Jesús, y decir con Jeremías: “Tú eres mi justicia”.

Cristianismo barato

**“¿Qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia?
¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué
concordia Cristo con belial?”.**

2 Corintios 6:14, 15.

Todo lo que fue dicho hasta aquí puede sonar como cristianismo barato. ¿Y la obediencia? Puede ser que usted pregunte: ¿Quiere decir que voy a Jesús, permanezco con él y se terminan todos los problemas? ¿Y los frutos? ¿Y el abandono de la conducta equivocada? ¿Dónde queda todo eso? ¿Acaso la vida cristiana es ir a Jesús y después continuar practicando los mismos actos pecaminosos de la vida pasada?

El texto inicial nos presenta una verdad que no puede ser olvidada: ¿Qué comunión tiene la luz con las tinieblas, y la justicia con la injusticia?

¿Entiende usted lo que el apóstol Pablo está diciendo? Está hablando de una imposibilidad. La luz y las tinieblas nunca pueden andar juntas. Una habitación puede estar tomada por densas tinieblas, pero si usted enciende la luz las tinieblas desaparecen. Si usted, por el contrario, desea las tinieblas, primero tiene que expulsar la luz. La luz y las tinieblas nunca pueden andar juntas. Así acontece con la justicia y el pecado. Es imposible que ambos anden juntos. Al lado de la justicia el pecado desaparece, no puede existir.

Es imposible estar en Jesús y continuar pecando. Si entendiéramos esto, todos nuestros esfuerzos para vencer el pecado se concentrarían en la comunión con Jesús, pero el gran drama de la vida

es que, a veces, el que nos enseñó la Palabra nos enseñó sólo lo que un cristiano debe hacer y lo que un buen cristiano no debe hacer. Y desde aquél día nuestra vida ha sido una lucha para hacer las cosas correctas y para dejar de hacer las cosas incorrectas. Incluso, es posible que al comienzo de nuestra experiencia hayamos ido a Jesús y hayamos quedado con él durante algún tiempo, pero después nuestra obligación de vivir una vida recta nos llevó a concentrar tanta atención y fuerzas para evitar las cosas incorrectas que no nos quedó más tiempo ni fuerzas para permanecer al lado del único que nos puede hacer justos.

“Muchos tienen la idea de que deben hacer alguna parte de la obra solos. Ya han confiado en Cristo para el perdón de sus pecados, pero ahora procuran vivir rectamente por sus propios esfuerzos. Mas tales esfuerzos se desvanecerán, Jesús dice: ‘Porque separados de mí nada podéis hacer’. Nuestro crecimiento en la gracia, nuestro gozo, nuestra utilidad, TODO DEPENDE DE NUESTRA UNION CON CRISTO” (el énfasis es mío).^[1]

Dios quiere reproducir su carácter en la vida de sus hijos, pero quiere hacerlo con sus métodos y no con los nuestros. Dios quiere ver a sus hijos victoriosos sobre el pecado, pero quiere hacer eso a su modo. Quiere que seamos justos en él y no intentando nosotros, por nosotros solos, vivir una vida correcta.

El que piensa que ir a Jesús y permanecer en él como el único medio de transformarnos en justos es cosa de un cristianismo barato, es sencillamente porque no experimentó nunca lo que significa vivir una vida de comunión permanente con Jesús. De lo contrario, sabría que al ir a Jesús y permanecer en él desaparecen de la vida todas las cosas incorrectas que estaba tratando de dejar, sin conseguirlo. La declaración bíblica no falla. Al lado de la justicia, el

pecado no puede existir.

Referencias

[1] [El camino a Cristo](#), p. 68.

¿Por qué practicamos actos pecaminosos?

“Todo lo que no proviene de fe, es pecado”.

Romanos 14:23.

Generalmente pensamos que un hombre pecador es el que mata, roba, miente o adultera, y que un hombre justo es el que consigue vivir sin hacer nada de eso.

Deberíamos detenernos a pensar un poco en el hecho de que matar, robar, mentir o adulterar son actos pecaminosos y los actos pecaminosos son frutos de la carne.^[1] Frutos, ¿entiende usted? El problema básico del ser humano no es que mata, roba o miente. Todo eso es consecuencia de estar en la carne, o de estar en el pecado. El hombre no es pecador porque comete actos pecaminosos. Él comete actos pecaminosos porque está en pecado. Entonces usted dirá: ¿Qué es estar en pecado? Para entender esto, primero tenemos que entender lo que es justicia y lo que es un hombre justo.

Ya vimos que Jesús es la justicia y que en él somos hechos justicia de Dios. Un hombre es justo cuando está en Jesús y mantiene una viva comunión con él. Entonces, si esto es verdad, ¿quién es injusto o pecador? La lógica me dice que es el que está separado de Jesús, el que cortó la comunión con la fuente de justicia que es Jesús.

Por naturaleza el ser humano nace apartado de Dios, y lo que más quiere en la vida es vivir apartado de él. Separado de Dios su vida es una confusión. Es gobernado por la carne, y los frutos

de la carne son todos los actos incorrectos o pecaminosos que practica.

Pero el gran problema del hombre no está, en primer lugar, en el hecho de cometer actos pecaminosos. Su tragedia es vivir apartado de Dios. Si el hombre entendiera eso, en lugar de vivir desesperado por guardar solo y por sí mismo un código de comportamiento moral se volvería inmediatamente a Jesús, se quedaría en él, y al hacer eso descubriría algo maravilloso. Descubriría que al lado de la justicia es imposible que existan actos pecaminosos. Estando en Jesús y permaneciendo con él, los frutos de la fe, el buen comportamiento y el abandono de la vida incorrecta aparecen de manera natural y no forzada.

“Aun Juan, el discípulo amado, el que más plenamente llegó a reflejar la imagen del Salvador, no poseía naturalmente esa belleza de carácter. No solamente hacía valer sus derechos y ambicionaba honores, sino que era impetuoso y se resentía bajo las injurias. Mas cuando se le manifestó el carácter de Cristo, vio sus defectos y el conocimiento de ellos lo humilló. La fortaleza y la paciencia, el poder y la ternura, la majestad y la mansedumbre que él vio en la vida diaria del Hijo de Dios, llenaron su alma de admiración y amor. De día en día era su corazón atraído hacia Cristo, hasta que se olvidó de sí mismo por amor a su Maestro. Su genio, resentido y ambicioso, se rindió al poder transformador de Cristo. La influencia regeneradora del Espíritu Santo renovó su corazón. El poder del amor de Cristo transformó su carácter. Este es el resultado seguro de la unión con Jesús. Cuando Cristo habita en el corazón, la naturaleza entera se transforma. El espíritu de Cristo y su amor ablandan el corazón, subyugan el alma y elevan los pensamientos y deseos a Dios y al cielo”.

¿Por qué practicamos actos pecaminosos?
Simplemente porque estamos apartados de Jesús.
Lejos de la justicia no podemos ser justos.
Separados de Jesús, hasta las cosas buenas que
hacemos están erradas. “Es cierto que puede haber
una corrección del comportamiento externo, sin el
poder regenerador de Cristo. El amor a la
influencia y el deseo de la estimación de otros
pueden producir una vida muy ordenada. El
respeto propio puede impulsarnos a evitar la
apariencia del mal. Un corazón egoísta puede
ejecutar obras generosas”,^[3] pero esas obras son
producto del esfuerzo humano. No tienen valor
espiritual; solamente tienen valor social y moral.
“Todo lo que no proviene de fe, es pecado”.^[4]

Nuestra gran preocupación no debería ser
únicamente dejar de cometer actos pecaminosos,
sino dejar de ser pecadores. Y eso sólo se logra
cuando estamos en Jesús y vivimos en permanente
comunión con él.

Referencias

^[1]Gálatas 5:19.

^[2]El camino a Cristo, pp. 72, 73.

^[3]Ibíd., p. 57.

^[4]Romanos 14:23.

Cómo ir a Jesús

“Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti”.

Lucas 15:18.

La Biblia es una carta de amor, que Dios dejó al ser humano con una invitación bien clara: “Venid a mí”, “Vuélvete a mí”.

Todo comenzó en el jardín del Edén. Dios creó al ser humano no como un computador programado para obligatoriamente obedecer, sino como un hijo amado para vivir a su lado. Mientras nuestros primeros padres permanecieran al lado de Dios, la obediencia sería un privilegio y una agradable experiencia de alabanza.

Pero Adán y Eva se apartaron de Dios y terminaron cometiendo el acto pecaminoso de comer el fruto prohibido.

El dolor que Dios sintió no fue por causa del fruto, fue por causa del hombre. El peso de la culpabilidad llevó al hombre a huir de Dios.

¿Dónde estaba el hijo querido que antes, al verlo, corría hacia los brazos del Padre? El temor, el miedo a la destrucción, se posesionó del hombre. “Cuanto más lejos –pensaba–, tanto mejor”. Pero, dolorosamente, descubrió que cuanto más lejos quedaba de Dios, tanto más desesperado y vacío se tornaba.

Entonces se oyó la voz de Dios en el Jardín: “¡Adán! ¿Dónde estás? ¿Dónde estás, hijo mío? Ven a mí, vuelve. Eres la cosa más linda que tengo, no huyas de mí, te amo”.

Pero el hombre huyó, pensando que antes de ir al

Padre debía hacer algo para resolver el problema. Entonces cosieron hojas de higuera para cubrirse; a lo largo de la historia, el hombre siempre ha intentado hacer algo para aplacar la ira de Dios.

Venid a mí, dice Jesús. Pero el hombre dice: “Si, Señor, iré, pero espera un poco, porque primero tengo que dejar las cosas incorrectas de mi vida, tengo que colocar todo en orden, tengo que abandonar todo lo que me ata a la vida de pecado”.

Jesús continúa llamando. “Hijo, ven a mí así como estás: Semidesnudo como la mujer adúltera, vistiendo hojas de higuera como Adán, oliendo a cerdos como el hijo pródigo, con tu carne en descomposición como el leproso, arrastrándote como el paralítico. Ven a mí, con tu cigarrillo, con tu bebida, con tu droga, con tus sentimientos y pensamientos impuros, pero, por favor, ven a mí”. “Al que a mí viene, no le hecho afuera”.^[1]

“Si percibes tu condición pecaminosa, no esperes a hacerte mejor a ti mismo. ¡Cuántos hay que piensan que no son bastante buenos para ir a Cristo! ¿Esperas hacerte mejor por tus propios esfuerzos... Hay ayuda para nosotros solamente en Dios. No debemos permanecer en espera de persuasiones más fuertes, de mejores oportunidades o de caracteres más santos. Nada podemos hacer por nosotros mismos. Debemos ir a Cristo tal como somos”.^[2]

Ir a Jesús, amigo mío, es decirle: “Señor, no lo comprendo, pero voy. No estoy sintiendo nada, pero voy. Para ser honesto, Señor, me gusta la vida errada que llevo, pero voy. No siento que estoy arrepentido, pero voy”.

Usted va tal como está, y al llegar a él descubrirá algo maravilloso. Él le dará el arrepentimiento que usted no sentía. En la presencia de Dios experimentará dolor por todas las cosas incorrectas que lastimaban el corazón de Jesús. En la pureza del Salvador, usted se sentirá indigno y caerá de

rodillas a sus pies diciendo: “Señor, ten misericordia de mí”.

Entonces él lo tomará en sus brazos, llamará a los siervos y les dirá: “ Este es mi hijo, que estaba lejos. Volvió a mí, sucio, inmundo y oliendo mal. Ahora lavadlo, vestílo y tratadlo como a mi hijo”.

Este es el milagro de la transformación. Él implanta dentro de usted la nueva naturaleza, nuevas motivaciones, un nuevo rumbo para la vida, nuevos horizontes sin fin.

Referencias

[1] Juan 6:37.

[2] El camino a Cristo, pp. 29, 30.

Cómo permanecer en él

“Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza... por tanto, tomad toda la armadura de Dios”.

Efesios 6:10, 13.

Sólo hay una manera de permanecer en Cristo: pasando cada día algún tiempo con él a través de la oración, del estudio de su Palabra y del testimonio cristiano. Hablamos con Jesús a través de la oración. Él habla con nosotros mediante su Palabra, y ambos hablamos a los demás de cuán hermoso es nuestro amor, por medio del testimonio diario.

Permanecer en Jesús es apartar cada día un período de tiempo definido para Jesús, y después, a lo largo del día, mantener una comunión constante e ininterrumpida con él.

La gran dificultad que los cristianos enfrentamos consiste precisamente en eso. En que limitamos nuestra relación con Jesús a los cultos de la iglesia o, en la mejor de las hipótesis, a nuestro culto devocional de la mañana o de la noche. Pero durante el día vivimos solos, perdemos la comunión con Jesús, y cuando llega el momento de la tentación tratamos inútilmente de resistir. Podemos incluso vencerla, pero si la victoria es únicamente el resultado de la autodisciplina, entonces esa victoria es el fruto de nuestro esfuerzo y no de nuestra comunión con Jesús.

Si ser justo significa estar ligado a él, si es en él que somos justificados, entonces la única manera de permanecer justos es mantener esa comunión

viva 24 horas por día. Pero, ¿como es posible eso? ¿Y cuándo vamos a trabajar o estudiar, si necesitamos estar pensando en él las 24 horas del día?

Necesitamos entender eso y necesitamos aprender a vivir con él, a dejar que él participe de nuestro diario vivir, de nuestras inquietudes, y de nuestros sueños y pensamientos íntimos.

Vamos a ilustrar este asunto. Usted se levanta temprano y tiene sus minutos devocionales con Jesús. Muy bien. Usted comenzó el día de la manera correcta. ¿Y después? ¿Por qué no conversa mentalmente con él durante el desayuno? Usted puede continuar pensando, como siempre, en su agenda diaria o en los compromisos que tiene, pero hágalo dirigiendo todo hacia él. Usted no perderá nada. Solamente ganará.

Terminado el desayuno usted se dirige a la parada del ómnibus. El ómnibus está atrasado. ¿En qué piensa usted cuando el ómnibus no llega? “¡Qué rabia, voy a llegar tarde al trabajo! ¿Cuándo podré comprar por lo menos un autito viejo?” En ese momento aparece el ómnibus. Alguien está tratando de colarse delante de usted, y usted piensa para sí mismo: “¿Este avivado piensa que va a entrar primero? ¡De ningún modo!” Y usted corre y empuja a todo el mundo con los codos. Y así van las cosas a lo largo del día.

Bien, volvamos a la parada del ómnibus. ¿Cómo sería si usted pensara todo aquello, pero en relación con Jesús? El ómnibus está atrasado. Pero ahora usted no corta la comunión con Jesús. El ómnibus continúa atrasado y entonces usted le dice a Jesús: “¡Qué rabia!...” En ese momento, acontece algo, de manera natural. Usted le dice que si el ómnibus continúa atrasándose va a llegar tarde al trabajo, sólo que el “qué rabia” desaparece naturalmente.

El ómnibus llega, usted corre y ve que alguien

está tratando de adelantársele. “¡Ese avivado no va a entrar antes que yo!” Pero si usted dirige eso hacia Jesús, percibirá que de manera natural no usará el codo como las otras veces. ¿Entiende?

Nada cambia, o tal vez todo cambie. Jesús es la diferencia. Usted continúa viviendo, trabajando, jugando, amando, viajando, comprando y vendiendo, sólo que no piensa para sí; cuenta todo, dirige todo a Jesús. Y si usted lleva eso a la práctica, verá que las cosas que antes se esforzaba por conseguir y no las conseguía, comienzan a aparecer de modo natural en la vida. Sólo que sus victorias no son el resultado de su esfuerzo, son el resultado de su comunión ininterrumpida con Jesús.

Sus frutos no son frutos de plástico. Son frutos auténticos, provenientes de una relación de fe con Jesús. Usted es justo, no porque dejó de hacer las cosas equivocadas. Al contrario, usted dejó de hacer las cosas equivocadas porque es justo, y es justo porque está en Jesús y mantiene comunión constante con la fuente de justicia, que es él.

Cómo enfrentar la tentación mediante la comunión con Jesús

“Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios”.

1 Juan 3:9.

Nuestro gran problema al llegar la tentación es cortar la comunión con Jesús y concentrar únicamente nuestros esfuerzos en la lucha para no caer. Entonces caemos, no porque la tentación fue muy grande, sino porque nos desconectamos de Jesús.

¿Cómo enfrentar la tentación? Si nuestra vida es de permanente comunión con Jesús, todo lo que tenemos que hacer al llegar la tentación es dirigir, orientar, lo que estamos sintiendo o pensado hacia él. Esto puede parecer difícil al comienzo, porque hay cosas que no tendríamos coraje de contárselas a Jesús, y ahí es donde está el *quid* de la cuestión. Como no tenemos el coraje de contarle lo que estamos sintiendo y, como al mismo tiempo, lo que estamos sintiendo es tan placentero para nuestra naturaleza pecaminosa que, aunque muerta, continúa todavía en nosotros, cometemos el error de cortar la relación con Jesús. “Señor Jesús”, decimos, “quédate ahí afuera mientras yo y mi novia quedamos aquí dentro”. Y al decir esto, cerramos la puerta y nos apartamos de él.

La próxima vez que la tentación aparezca,

cuénteles lo que está sintiendo, aunque al comienzo le parezca difícil. Cuénteles los pasos que está dando; dígame, inclusive, que usted en el fondo está queriendo que las cosas sucedan, pero no corte la comunión con él.

Si usted hace eso, verá con alegría que mientras está dialogando con él el deseo pecaminoso va desapareciendo naturalmente de la vida. ¡Usted venció! No por haber hecho solo y por sí mismo fuerza para eso, sino porque escogió quedarse con él e hizo fuerza para no interrumpir su comunión con Jesús. Usted continúa siendo justo, no tanto porque evitó el acto pecaminoso, sino porque no se apartó de la fuente de justicia que es Jesús, y al lado de la justicia el acto pecaminoso no tuvo lugar.

Mientras usted mantenía comunión con Jesús, su voluntad y la voluntad de Jesús fueron una sola voluntad, que salió victoriosa porque Jesús no puede fallar.

¿Cómo nos lleva a la victoria la relación con Jesús?

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo”.

Gálatas 2:20, 21.

Existe mucha confusión en torno del tema: “Victoria sobre el pecado”. ¿Quién es el que logra la victoria sobre el pecado? ¿Es él? ¿Somos nosotros? ¿Es él el que hace todo y nosotros sólo recibimos la victoria, o somos nosotros con su ayuda? ¿Cuál es la participación humana? Esa participación, ¿es sólo pasiva o es activa?

El apóstol San Pablo explica este asunto de manera sencilla. Cuando vamos a Jesús y convivimos cada día en una relación constante, Jesús llega a ser parte de nuestra vida. Él habita en nosotros por medio de su Espíritu. “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?”^[1] ¿Qué es lo que acontece, entonces? ¿Será que el Espíritu de Dios nos obliga a realizar las cosas correctas contra nuestra voluntad? No. Nosotros no somos máquinas ni robots obligados a hacer algo contra nuestra voluntad.

Lo que sucede es algo mucho más bonito. Al vivir diariamente en comunión con Jesús, él llega a ser

parte de nuestra vida y nuestras voluntades se unen. “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios”. ¿Se da cuenta? No vivo, dice Pablo, él vive. Pero yo vivo en la fe del Hijo de Dios. Somos ahora dos voluntades en una. Sus deseos son nuestros deseos, su voluntad es nuestra voluntad ¿Quién es el que decide? Es él, pero soy yo. ¿Quién es el que se aparta de los caminos equivocados? Soy yo, pero es él. ¿Entendió?

Nuestra comunión es tan grande, nuestra convivencia es tan íntima, que nuestras voluntades llegan a ser una sola voluntad. La vida que ahora vivo, la vivo en la fe del Hijo de Dios. Esa es la manera en que la relación con Jesús nos lleva a la victoria. No es un esfuerzo particular mío, ni es un trabajo exclusivamente de él. Ni es un poco yo y un poco él. Es un solo esfuerzo, una sola actitud, una sola elección. Él y yo fundidos en una sola voluntad.

Repetidas veces hemos dicho en las páginas anteriores que todo lo que el ser humano debe hacer es ir a Jesús y permanecer en él, porque él es la vida, la salvación y la justicia.

Al lado de la justicia el pecado no puede existir, pues ambas cosas no andan juntas. Jesús es la justicia, y cuando el hombre va a él y convive con él las voluntades se unen y el pecado no prospera.

“Así fue como los primeros discípulos se hicieron semejantes a nuestro Salvador... Estaban con él en la casa, a la mesa, en su retiro, en el campo. Estaban con él como discípulos con un Maestro... Lo miraban como los siervos a su señor...”[2]

“Cuando Cristo more en el corazón, el alma estará tan llena de su amor, del gozo de su comunión, que se unirá a él; y pensando en él, se olvidará de sí misma”.[3]

Referencias

[1] 1 Corintios 6:19.

[2] El camino a Cristo, p. 72.

[3] Ibíd., p. 44.

¿Qué debemos hacer para tener fe?

“Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan”.

Hebreos 11:6.

Uno de los maravillosos resultados de la comunión con Jesús es la confianza en él. Cuanto más tiempo pasamos a su lado y cuánto más constante es nuestra comunión con él, tanto más lo conocemos; y cuanto más lo conocemos, tanto más confiamos en su poder. Sabemos que él no nos puede fallar, y que nos ama y que está listo para perdonarnos y restaurarnos. Sabemos que es poderoso para guardarnos de caer. Sabemos que, aunque a veces no tengamos la capacidad de comprender sus caminos, él siempre sabe lo que está haciendo.

Tener fe es confiar en él. Jesús se siente muy feliz cuando confiamos en su amor. ¿Entiende ahora lo que Pablo quiso decir cuando afirmó que “sin fe es imposible agradar a Dios”? No puede haber fe sin comunión. Sin comunión estamos lejos de él, y cuando estamos lejos de Jesús él sufre. A él no le agrada esa situación, porque lo que él más quiere es tenernos cerca de su corazón.

Le duele el corazón cuando no confiamos en él, porque sabe que nuestra falta de confianza es el resultado de nuestra falta de conocimiento de su persona; y nuestra falta de conocimiento se debe al hecho de que no pasamos tiempo ni mantenemos

comuni3n con 3l.

¿C3mo se sentir3a si una persona, a la cual ama mucho, no confiara en usted? ¿C3mo se sentir3a si alguien, que es muy especial para usted, no gustara pasar tiempo a su lado, ni conversase, ni dialogara ni quisiese andar con usted?

As3 es como Dios se siente. Nada le agrada m3s que la comuni3n que sus hijos mantienen con 3l. Nada le agrada m3s que cuando el ser humano lo mira y le dice: "Se1or Jes3s, conf3o en ti. No importa si las cosas andan bien o mal, conf3o en ti a pesar de todo y a despecho de todo. S3 qu3en eres, porque te conozco. Puede ser que no entienda algunas de tus actitudes, incluso puede ser que en medio de las l3grimas del sufrimiento no logre verte, pero s3 que est3s ah3 porque te conozco".

¿Qu3 debemos hacer para tener fe? Es sencillo. Pasar cada d3a alg3n tiempo con Jes3s. Convivir con 3l en todo momento. En el deporte, en el trabajo, en los estudios, viajando, paseando, amando, comprando o vendiendo. Mantener siempre nuestros pensamientos unidos a 3l. El resultado de esa convivencia ser3 naturalmente la confianza en Jes3s. Seremos hombres de fe.

Cómo queda la vida después del encuentro con Jesús

“Habiendo entrado Jesús en Jericó, iba pasando por la ciudad. Y sucedió que un varón llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos, y rico, procuraba ver quién era Jesús; pero no podía a causa de la multitud, pues era pequeño de estatura. Y corriendo delante, subió a un árbol sicómoro para verle; porque había de pasar por allí. Cuando Jesús llegó a aquel lugar, mirando hacia arriba, le vio, y le dijo: Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa. Entonces él descendió aprisa, y le recibió gozoso. Al ver esto, todos murmuraban, diciendo que había entrado a posar con un hombre pecador. Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado. Jesús le dijo: Hoy ha venido la salvación a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abrahán”.

Lucas 19:1-9.

¿Se sintió alguna vez rechazado, condenado y sin derecho a acercarse a Jesús? ¿Sintió alguna vez que, a pesar de todos los bienes materiales que consiguió en la vida, continúa habiendo una especie de vacío interior que no lo deja ser feliz? Si es así, entonces su vida tiene mucho que ver con la historia de Zaqueo.

La figura de Zaqueo aparece en la Biblia como un símbolo del hombre pecador. La historia dice que

era rico. Los hombres ricos generalmente usan ropas finas y caras. Es interesante notar que, a veces, el pecador es simbolizado en la Biblia por un hombre pobre, mal vestido o casi desnudo, como en el caso del hijo pródigo, que volvió a la casa vestido de trapos de inmundicia y oliendo a cerdos. O como en la historia de María Magdalena, que fue arrastrada por los cabellos, semidesnuda; o como en el caso del ciego de nacimiento, que se estacionaba a la puerta del templo pidiendo limosnas.

Pero hay otras veces en que el pecador es simbolizado por un hombre rico y bien vestido, como en el caso de Naamán, el capitán del ejército sirio, que debajo de sus finas vestimentas y sus condecoraciones gloriosas escondía la miseria de una lepra que consumía su vida. Este es también el caso de Zaqueo, que aparentemente tenía todo para ser feliz: usaba ropas finas, sus hijos quizás estudiaban en colegios particulares de primer nivel, vivía en una de las mansiones de la ciudad de Jericó; pero no era feliz. Se sentía rechazado por la sociedad y atormentado por la propia conciencia.

¿Por qué a veces el pecador es simbolizado por un hombre pobre y casi desnudo, y otras por uno rico y bien vestido? Lo que Dios quiere decirnos es que ante sus ojos todos los seres humanos somos pecadores, con apenas una diferencia: algunos son descubiertos con las manos en la masa, y su pecado es descubierto y expuesto para vergüenza pública. Muchas veces hay dedos acusadores que se levantan para señalarlos y condenarlos; están desnudos. Otros, ante los ojos divinos, son tan pecadores como los primeros, pero la lepra del pecado está oculta debajo de las vestimentas de una imagen brillante. Pueden pasar por la vida sin que jamás alguien descubra su falta, siempre vistiendo ropas finas, pero sintiéndose infelices, despreciados y vacíos por dentro, como Zaqueo.

Ambos grupos necesitan a Jesús. Ambos necesitan entender que, aunque a los ojos de la iglesia y de la sociedad puedan parecer diferentes, a los ojos de Dios son iguales.

Zaqueo procuraba ver “quién era Jesús”. Estaba en lo cierto. Vivía en pecado, usaba para provecho propio la posición que el gobierno le había confiado, pero tenía razón en su búsqueda. El cristianismo no es moralismo. Nuestra primera pregunta nunca debería ser en cuanto a *qué* haré o no haré, sino a *quién* es Jesús, a *quién* amaré y a *quién* serviré.

En el camino a Damasco la primera pregunta de Saulo no fue: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?”, sino: “¿Quién eres, Señor?”

El cristianismo nunca fue únicamente el cumplimiento de los *qué* de la iglesia. Es, por encima de todo, la fidelidad de Aquel que nos halló, nos amó, nos perdonó y nos transformó.

Zaqueo estaba en lo cierto. Trataba de saber quién era Jesús, pero no podía, por causa de la “multitud”. ¿Cuál era la gran dificultad? ¿Su pequeña estatura? ¿Su peso? ¿Su raza? ¿Su posición social? ¿Aquello que lo hacía sentir indigno? ¿Su vida llena de pecados? ¿Su poca o mucha instrucción? No, eso nunca fue problema para llegar a Jesús. Era la multitud, que no le permitía acercarse al único capaz de llenarle el corazón y transformarle la vida.

¿Se dio cuenta de que durante el ministerio de Cristo en la tierra las multitudes siempre estorbaron la obra de la redención?

¿Se acuerda del paralítico que un día sintió que necesitaba desesperadamente de Jesús para ser curado, pero que no podía llegar cerca de él debido a la multitud? Los amigos tuvieron que hacer un agujero en el techo para que pudiera llegar al Salvador.

¿Leyó la historia de la mujer con flujo de sangre

que tuvo que abrirse camino en medio de la multitud para tocar el manto de Cristo?

¿Se acuerda del ciego que necesitaba ver y clamaba en alta voz: “¡Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí!”? [\[1\]](#) Muchos lo reprendían para que callase, pero él clamaba mucho más alto.

Las multitudes siempre se consideraron fiscales de la salvación. “Usted no, porque es leproso”. “Usted sí, pase adelante”. “Usted espere, está inmundo; primero báñese, está oliendo mal para acercarse a Jesús”.

Cierto día las multitudes querían impedir que los niños se acercaran al Maestro. Entonces la voz dulce de Jesús dijo: “Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos”. [\[2\]](#)

¡Multitudes! Dios tenga misericordia de las multitudes que andan con una vara de medir la fe, para decir quién es digno y quién no lo es. Que Dios nos ayude a mostrar al mundo quién es Jesús. Que nos enseñe a tomar la mano de los que se sienten derrotados, tristes, frustrados y rechazados. Que nos muestre cómo tomar el brazo de los que piensan que nunca conseguirán acercarse al Señor. Que nos ayude a amarlos, a comprenderlos y a llevarlos a Jesús.

Zaqueo se sentía indigno y pecador; sin embargo, la multitud lo hizo sentirse más indigno y más pecador todavía. Entonces el hombre rico de Jericó pensó que lo mejor sería quedar fuera y limitarse a mirar a Jesús de lejos, y ahí cayó en el error en que muchos caen hoy; porque el cristianismo no es seguir a Jesús de lejos. El cristianismo es una relación diaria y permanente con Jesús. No importa si las multitudes le dificultan acercarse a él. Haga como el paralítico, que entró por el techo, o como la mujer con flujo de sangre, que se abrió espacio entre la multitud, o clame como el ciego: “¡Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí!”

Pero no quede encima del árbol. No existen disculpas para permanecer lejos, en la pasividad de un sicómoro o en la indiferencia de quien ve pasar a Jesús. El cristianismo es compromiso con Jesús, es envolverse y comprometerse con su iglesia, es participación en su misión. El cristianismo nunca fue una contemplación cómoda desde un sicómoro, mientras se traen a la memoria las heridas y los resentimientos, y uno se consume debido a los recuerdos tristes que las multitudes imprimieron dolorosamente en nuestra vida. No, el cristianismo es lograr acercarse a Jesús, a pesar de las multitudes.

Jesús atravesaba la ciudad, seguido por las multitudes, y allí estaba Zaqueo, encima de un sicómoro. ¿Por qué será que nosotros, los seres humanos, siempre estamos plantando árboles para subirnos en ellos y ver pasar a Jesús? Zaqueo estaba subido a un sicómoro. Pero podía haber sido un árbol de prejuicios, temores o dudas. O tal vez un árbol de heridas, de resentimientos o, simplemente, de orgullo e incredulidad.

De repente, Jesús se paró y, en medio de la multitud, miró a Zaqueo, y le dijo: “Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa”.

He intentado imaginarme muchas veces aquella escena. Me imagino a Zaqueo mirando desconcertado para todos lados y preguntando, con aquella ansiedad de querer que sea pero con miedo de que no sea: “¿Me hablas a mí, Señor? ¿No estás equivocado? Yo soy Zaqueo, un ladrón, un hombre injusto. ¿Es conmigo con quien quieres cenar esta noche?”

¿Ya pensó en eso, amigo mío? Aquel día había miles de personas alrededor de Jesús. Había centenares de hombres y mujeres que luchaban uno contra el otro para lograr un lugar especial cerca de Jesús. Cada uno se sentía con más derecho que el

otro cuando, de repente, el Maestro mira a quien nada espera, mira a quien se siente indigno, mira a un hombre insignificante perdido allí entre las ramas de un sicómoro, y lo llama por su nombre: “Zaqueo”.

Así son las cosas con Jesús. Para él no existen las multitudes, existen personas. Para él, usted no es tan sólo una orden de producción o un número en la estadística. Usted es una persona. El se preocupa con usted, con sus sentimientos, con sus sueños, con sus alegrías y con sus tristezas. El llora con su dolor y se alegra con su sonrisa. Usted es tan importante para él que un día dejó todo y vino a este mundo para buscarlo. Él conoce su nombre, sabe dónde vive, conoce sus ansiedades, sabe que usted puede estar tratando de ser un hombre difícil al llamado divino, que puede que se esté diciendo a sí mismo: “Yo sólo quiero verlo de lejos”. Pero en realidad usted es un hombre solitario y sincero, que necesita de él tanto como cualquier otro ser humano.

“¿Me hablas a mí, Señor?”, pregunta usted. “Sí, te hablo a ti, Enrique, Francisco, Amalia, Isabel, te hablo a ti”. “¿Pero, Señor? Yo fumo, bebo, tengo una vida irregular, y soy indigno”. “No importa, es a ti a quien llamo. Es por ti por quien vine; te amo, no por lo que haces o dejas de hacer, sino por lo que eres: un ser humano maravilloso, solamente por eso”.

Nunca tendré palabras para agradecer a Dios porque un día, entre casi siete mil millones de seres humanos, el Señor Jesús se detuvo en el camino de la vida y me miró. No me encontró encima de un árbol, no. Me encontró detrás de un púlpito, con una regla en la mano para medir el “cristianismo” de mi iglesia, sin miedo de señalar el pecado “por su nombre”, predicando sobre el amor de Dios sin jamás haberlo experimentado, vistiendo la imagen de un joven pastor muy preocupado en descubrir

los “pecados ocultos de la iglesia” para llevarla a la reforma.

El Señor Jesús, con su voz suave, me dijo: “Hijo, desciende de ese árbol de apóstol de la reforma. Quiero permanecer contigo, quiero que me conozcas de verdad y comprendas que las cosas no son así como piensas. Quiero que sepas que no es con el reglamento en una mano y la vara en la otra como se reforman las vidas”.

La manera en que Jesús trató a Zaqueo es el modo en que él quiere llevar su iglesia al reavivamiento y a la reforma completa.

Advierta que Jesús no miró a Zaqueo y le dijo: “Zaqueo, eres un ladrón, y lo que haces es una vergüenza. Estoy dispuesto a darte el privilegio de hospedarme, pero antes quiero que confieses publicamente que eres ladrón, y que devuelvas el dinero que les robaste a los demás”.

Yo me imagino que eso era lo que la multitud estaba esperando. Pero Jesús no hizo nada de eso. Había algo maravilloso en él. Los pecadores se sentían amados en su presencia. ¿Quiere decir que él apoyaba la vida incorrecta de los hombres? No. Lo que cambiaba era la conducta de ellos.

Pero él nunca los hacía sentir más pecadores de lo que ya eran. No necesitaba agredirlos para inspirar en ellos el deseo de cambiar de vida.

Y ahora veamos la actitud de Zaqueo. ¿Qué hizo Zaqueo? ¿Cree usted que descendió del sicómoro y le dijo a Jesús: “Muchas gracias, Señor, por acordarte de mi. Nunca podré agradecerte por el hecho de haberte fijado en mi en medio de tanta gente. Ahora espera un poco. Déjame ir adelante y arreglar la casa. Las cosas no están bien allí. Déjame hacer orden y limpieza completa y preparar una rica cena, y entonces volveré e iremos juntos?”

¿Fue eso lo que dijo Zaqueo? No. ¿Por qué no? Porque si pudiéramos dejar a Jesús esperando para

primero ir a limpiar la casa, ya no necesitaríamos de él.

Aquí aparece el maravilloso principio de la justificación, que es por la fe; y el de la santificación, que también es por la fe. Es él quien limpia la vida. Es él quien coloca las cosas en orden. Es él quien corrige, quien arregla, quien purifica. Nunca cometamos la tontería de agradecerle a Dios por el perdón y, después, intentar poner la vida en orden nosotros solos.

¿Qué es lo que hizo Zaqueo? Pienso que él colocó su mano en la de Jesús. Era un hombre solitario, rechazado por la sociedad, que necesitaba que alguien le restaurara el sentido de humanidad. Allí estaba una mano extendida con amor, y él se aferró a ella, a pesar de ser un publicano, un ladrón, un pecador.

La multitud no quedó contenta con la actitud de Jesús. “¡Ah!”, pensaron en su corazón. “Nos parecía que era el Mesías, pero en lugar de condenar a los pecadores los recibe, se junta con ellos y no los reprende”. ¿Pensó alguna vez en que mientras Jesús estuvo en la tierra nunca condenó a los derrotados, a los malhechores, a los ladrones o a las prostitutas?

Las pocas veces que condenó a alguien, fue a quienes pensaban que todo estaba bien con ellos, a quienes se consideraban los guardianes de la fe, la norma de vida de sus semejantes.

Gracias a Dios porque Jesús vino a este mundo a buscar a los perdidos, a los derrotados, a los que se han cansado de luchar sin conseguir nunca la victoria. Si usted es uno de ellos, alégrese y alabe el nombre del Señor, porque él vino precisamente por usted.

Él lo está buscando, no importa dónde está usted, dónde se esconde o a dónde huyó. Un día la voz de Dios lo alcanzará y lo llamará por su nombre, y tal vez eso esté sucediendo en este

momento, mientras lee estas líneas.

Usted está temblando encaramado en uno de los sicómoros de la vida. ¿Se siente rechazado, triste, frustrado? ¿Siente que nunca va a conseguir la victoria? Entonces escuche la voz del Maestro diciéndole: “Hijo, te amo. Desciende de ahí, quiero estar a tu lado contigo, quiero entrar en tu vida y colocar cada cosa en su lugar, quiero limpiar lo que tiene que ser limpio, arreglar lo que tiene que ser arreglado”.

Mire ahora a Jesús y a Zaqueo. Ninguna palabra. Sólo caminaban juntos, tomados de las manos, y aquel lazo de amor penetró en la vida del publicano. Mientras caminaban juntos, la vida de Jesús, su poder, su victoria, se transmitió al pobre hombre, generando en él el deseo de cambiar de vida.

Después se levantó y dijo: “Maestro, si en alguna cosa defraudé a alguien, estoy dispuesto a restituir cuatro veces más, y lo que sobre estoy dispuesto a repartirlo con los pobres”.

Este es el resultado inevitable de estar en Jesús y de andar con él. Es imposible andar con Jesús y convivir con el pecado al mismo tiempo. Ambas cosas no armonizan. Al lado de la justicia no hay lugar para el pecado. “Nosotros somos hechos justicia de Dios en él”. En él somos liberados, nos transformamos en victoriosos, y lo que antes parecía difícil se hace natural, como un fruto maduro que cae en el tiempo oportuno.

Qué día extraordinario fue aquel día. Al principio, Zaqueo no pasaba de ser un hombre solitario, frustrado y vacío, a pesar de su envidiable posición social y financiera. A final del día era un hombre feliz, completo, transformado en Cristo. Zaqueo conocía los dos lados de la vida. La desesperación y la esperanza, el vacío y la plenitud, la tristeza y la alegría, la condenación y el perdón, la derrota y la victoria. Ciertamente él podía decir:

“Jesús, tú eres mi vida”.

Referencias

[1] Marcos 10:47.

[2] Mateo 19:14.

¿Es posible mantener una comunión ininterrumpida con Jesús y a veces caer?

“Y llegó a Capernaum; y cuando estuvo en casa, les preguntó: ¿Qué disputábais entre vosotros en el camino? Mas ellos callaron; porque en el camino habían disputado entre sí, quién había de ser el mayor”.

Marcos 9:33, 34.

Los discípulos convivieron con Jesús durante tres años, y a lo largo de ese tiempo alcanzaron muchas victorias en su vida. Aprendieron por experiencia propia que al lado de la justicia no pueden existir actos pecaminosos.

El incidente narrado en nuestro texto presenta una gran verdad que necesita ser comprendida. Jesús y los discípulos se dirigían a Capernaum, y en el camino los discípulos se distanciaron de Jesús voluntaria y deliberadamente.

Jesús miró atrás y observó que conversaban animadamente. Entonces caminó más lentamente, para ver si quedaban juntos otra vez, pero tuvo la impresión de que ellos caminaban más despacio todavía. Era evidente que ellos no querían la compañía de Jesús.

Al llegar a casa, Jesús les preguntó: “¿Qué disputabais entre vosotros en el camino?” Ellos se callaron porque, mientras iban por el camino,

habían discutido acerca de quién de ellos sería el mayor.

Amigo mío, he aquí una triste lección para nosotros. Los discípulos tenían un pecado que los atormentaba y que era la raíz de todos los pecados. Estaban atormentados por el pecado del orgullo.

En su experiencia descubrieron que al lado de Jesús, manteniendo una comunión ininterrumpida con él, el orgullo no tenía cabida. La justicia y el pecado no pueden andar juntos.

Pero el pecado era atractivo y cautivante, y al comienzo producía un placer ofuscante, aunque después dejara el sabor amargo de la derrota y de la culpabilidad. El pecado del orgullo era tan atractivo que a veces llegaron al punto de desear practicarlo. Pero antes se apartaron de Jesús.

¿Se dio cuenta? El ser humano nunca peca de repente. Primero tiene que apartarse de Jesús, tiene que cortar la comunión con él. Si la consecuencia del pecado es la muerte, ¿morirían los discípulos por haber intercambiado ideas sobre quién sería el mayor, o por haberse apartado de la vida que es Jesús?

Amigo mío: nuestro gran drama en la vida no consiste únicamente en hacer cosas equivocadas. La tragedia consiste en apartarnos de Jesús. Las cosas equivocadas son la consecuencia de habernos apartado de él.

Si mantuviéramos una permanente comunión con Jesús, el pecado no tendría cabida. ¿Es posible, entonces, mantener una comunión ininterrumpida con Jesús y a veces caer? No. Antes de caer necesitamos primero cortar la comunión con Aquel que es capaz de mantenernos en pie.

Si en la vida cristiana tenemos que luchar por algo, si por algo tenemos que esforzarnos, es, precisamente, para no interrumpir la relación con Jesús. Porque en el momento en que eso acontece ya estamos separados de la justicia, ya somos

injustos y el resultado de eso, más tarde o más temprano, será la práctica del acto pecaminoso.

“Por esto Satanás se esfuerza constantemente por mantener la atención apartada del Salvador e impedir así la unión y comunión del alma con Cristo... No seas engañado por sus maquinaciones. A muchos que son realmente concienzudos y que desean vivir para Dios, los hace también espaciarse a menudo en sus faltas y debilidades, y al separarlos así de Cristo, espera obtener la victoria. No debemos hacer de nuestro yo el centro de nuestros pensamientos, ni alimentar ansiedad ni temor acerca de si seremos salvos o no. Todo esto es lo que desvía el alma de la Fuente de nuestra fortaleza. Encomienda tu alma al cuidado de Dios y confía en él. Habla de Jesús y piensa en él... Si te pones en sus manos, él te hará más que vencedor por Aquel que nos amó”.^[1]

Referencias

- ^[1]El camino a Cristo, p. 71.

¿Qué sucede si quiero vivir una vida justa sin mantener comunión con Jesús?

“Él entonces, respondiendo, le dijo: Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud. Entonces Jesús, mirándole, le amó, y le dijo: Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz”.

Marcos 10:20, 21.

El gran error del ser humano es pensar que lo único que realmente vale en la vida espiritual es obedecer, no importa la manera ni el método; el asunto es cumplir todas las normas y mandamientos por uno mismo.

Quien piensa de ese modo está correcto en la primera parte: Es importante obedecer. Dios quiere que seamos victoriosos. Él vino no sólo para librarnos del castigo del pecado, sino también para librarnos del poder que el pecado ejerce sobre nosotros.

Dios es victorioso y quiere que sus hijos también sean victoriosos. Dios es justo y quiere que sus hijos sean obedientes. Es importante obedecer. El problema está en la segunda parte, porque la obediencia, únicamente y por sí misma, no tiene valor espiritual cuando es meramente conseguida por métodos humanos.

Dios tiene sólo un método para llevarnos a la

obediencia. Es el camino de la comunión diaria y constante con Jesús, a través de la cual la voluntad de él y la nuestra llegan a ser una sola voluntad; voluntad que sabe decidir y escoger el camino de la obediencia.

Si yo pudiera obedecer por cualquier otro método, si yo intentara obedecer solo, por mí mismo, sin mantener comunión con Jesús, con seguridad sucedería una de estas dos cosas: o fracasaría constantemente y llegaría a pensar que la obediencia es imposible de ser alcanzada o, entonces, la autodisciplina y la fuerza de la voluntad humana podrían cambiar de alguna manera mi comportamiento exterior, llevándome a pensar que alcancé la victoria. Eso sería moralismo.

Hay muchas personas que no tienen comunión con Jesús y que, sin embargo, no matan, no roban, no adulteran. Son moralistas, pero no son cristianas.

Pero, esta aparente vida de obediencia me llevará con seguridad a fortalecer mi ego, y en lugar de depender cada vez más de Jesús, hará que yo confíe más y más en mis propias fuerzas y en la disciplina humana.

El joven rico guardaba todos los mandamientos, obedecía todo. Pero su obediencia no era el resultado de su comunión con Jesús. Era tan sólo el fruto de su autodisciplina. En su corazón no estaba Jesús, estaba el dinero.

Social, moral y eclesiásticamente hablando, vivía una vida irreprochable, pero estaba perdido. ¿Estaba perdido porque desobedecía? No. Estaba perdido porque no vivía una experiencia de comunión diaria con Jesús.

La obediencia que es únicamente producto del esfuerzo humano, no tiene valor espiritual. Nuestra justicia, dice el profeta, es como “trapo de inmundicia”.^[1]

Referencias

[1] Isaías 64:6.

Vivir para obedecer cansa. Vivir para Jesús significa reposo.

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas”.

Mateo 11:28, 29.

Muchos preguntan si el esfuerzo para mantener la comunión con Jesús no puede transformarse también en legalismo.

Antes, el individuo vivía preocupado en cumplir, y ahora vive preocupado en estudiar la Biblia, orar y testificar para encontrar la salvación.

Evidentemente, por todo lo que vimos hasta aquí, en la vida del cristiano hay lugar para el esfuerzo.

La vida de comunión con Jesús también es una batalla. Necesitamos disciplina para separar cada día un momento determinado para Jesús, y para mantener comunión con él a lo largo de todo el día.

Los que alguna vez intentaron llevar esto a la práctica sabrán por experiencia propia que no es nada fácil. ¿Cuál es entonces la diferencia?

Notemos la invitación de Jesús: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados”.

Él nos invita a dejar el peso de la lucha infructífera contra el pecado y a entrar en la lucha por la comunión. “Llevad mi yugo sobre vosotros”. Jesús promete que la comunión con él puede parecer un yugo, pero es ligero y da sentido a la

vida.

Vivir ansioso para obedecer únicamente por obedecer, es cansador, frustrante y desanimador. Pero vivir esforzándose para pasar cada día con Jesús y para mantener a lo largo del día una comunión viva con él, produce alegría, plenitud, gozo y satisfacción sin fin.

“La vida en Cristo es una vida de reposo. Puede no haber éxtasis de la sensibilidad, pero debe haber una confianza continua y apacible. Tu esperanza no está en ti; está en Cristo. Tu debilidad está unida a su fuerza, tu ignorancia a su sabiduría, tu fragilidad a su eterno poder”.^[1]

El esfuerzo para mantener la comunión, ¿puede con el tiempo transformarse en legalismo? Es posible que sí, si comenzamos a hacer del estudio de la Biblia, de la oración y del testimonio actos mecánicos, pensando que la mera lectura obligatoria de la Biblia o la simple oración, la repetición de frases aprendidas tienen algún poder en sí mismas.

Necesitamos esforzarnos para separar tiempo para estar con Jesús, pero necesitamos entender que ese tiempo no es sólo para cumplir un ritual devocional. Es el momento para dialogar con nuestro mejor amigo, es el momento para abrirle el corazón y para conversar y saber lo que él desea para nuestra vida, a través de su Palabra. La comunión no tiene poder en sí y por sí misma, es apenas un medio para llegar a Jesús y estar con él. El poder está en él y viene de él.

Referencias

^[1]El camino a Cristo, p. 70.

Cuál es el lugar del testimonio en la comunión con Jesús

“Y mirando a Jesús que andaba por allí, dijo: He aquí el Cordero de Dios. Le oyeron hablar los dos discípulos, y siguieron a Jesús. Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Ellos le dijeron: Rabí (que traducido es Maestro), ¿dónde moras? Les dijo: Venid y ved. Fueron, y vieron donde moraba, y se quedaron con él aquel día; porque era como la hora décima”.

Juan 1:36-39.

“Pastor”, me dijo un joven medio avergonzado, “tengo un serio problema: no me gusta hacer trabajo misionero. ¿Iré al cielo? Oí decir que nadie estará en el cielo si no tiene en la corona por lo menos una estrella. ¿Qué puedo hacer?”

Lo miré y me vi a mí mismo unos 25 años atrás. Tenía pánico del trabajo misionero. Temblaba cada vez que la iglesia se organizaba para salir “a las dos de la tarde, visitando de casa en casa, hasta la última casa”.

¿Le pasó también a usted alguna vez? ¿Alguna vez pensó que hacer trabajo misionero es básicamente salir a golpear las puertas de personas extrañas y persuadirlas a aceptar nuestra doctrina? ¿Pensó alguna vez que si no sale a distribuir el folleto Urgente en las esquinas o en el subte, entonces, no es un buen obrero voluntario? ¿Ya lo atormentó la idea de que lo que se espera de usted

es que pare a las personas en la calle y las persuada a aceptar a Cristo?

Si a usted le gusta ese tipo de trabajo misionero, ¡felicitaciones! Pero si alguna vez se sintió incómodo con relación a esas actividades, y si se sintió frustrado por eso, pensando que no era un buen cristiano, Dios tiene para usted una noticia maravillosa.

Veamos cómo funciona este asunto desde el punto de vista bíblico. Analicemos la experiencia de Andrés. Andrés fue uno de los dos primeros discípulos que aceptaron a Jesús. ¿Cómo fue eso? “Y [Juan], mirando a Jesús que andaba por allí, dijo: He aquí el Cordero de Dios. Le oyeron hablar los dos discípulos, y siguieron a Jesús”. Juan exaltó a Jesús, su amor, su perdón, su poder transformador. “He aquí el Cordero de Dios”, dijo, y Andrés no resistió.

Nadie resiste al amor de Cristo. Ese amor atrae, cautiva, derriba prejuicios y penetra los corazones más endurecidos. Andrés y su compañero “siguieron a Jesús”.

Notemos la secuencia del testimonio cristiano. Juan exalta a Jesús. No habla en ese momento de doctrina ni de mandamientos. Cristo es levantado, y Andrés y su compañero se apasionan por Cristo y lo siguen. Y entonces, ¿qué sucede? “Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Ellos le dijeron: Rabí (que traducido es, Maestro), ¿dónde moras?”

¿Se dio cuenta? Cuando las personas son llevadas a Cristo, y se apasionan por él, están dispuestas a seguirlo; pero ese seguir no es un seguir romántico o filosófico, es un seguir práctico. ¿Dónde vives? ¿Qué quieres que yo haga? ¿Cómo quieres que yo viva? Entonces, solamente entonces, tiene lugar la enseñanza doctrinaria, las normas y el estilo de vida. El resultado: “Se quedaron con él aquel día”. ¿Forzaría yo la estructura del texto si dijera que eso

significa que esos conversos se conservaron en la iglesia y pasaron la vida con Cristo?

Entonces, Andrés salió corriendo para contar su gran descubrimiento. Las personas que un día encontraron al Cordero, las personas que comprendieron el amor redentor de Cristo, que “se quedaron con él aquel día”, no pueden dejar de testificar. Ahora entiendo lo que Elena G. de White dice cuando afirma que: “Cada verdadero discípulo nace en el reino de Dios como misionero”.^[1] El testimonio nace de la experiencia. “Hemos hallado al Mesías”^[2], dijo Andrés. Nadie me lo contó, no oí acerca de él, “yo lo ví”, “yo lo encontré”, “yo lo viví”.

Ahora pregunto. ¿Salió Andrés corriendo y golpeando la puerta de los extraños para contarles su descubrimiento? No. El texto afirma que él “halló primero a su hermano Simón”.^[3] Simón, además de ser hermano de Andrés, era compañero de trabajo. Ambos eran pescadores. Está probado que el testimonio es mucho más eficaz cuando se lo usa con un conocido que con un extraño.^[4] Jesús le ordenó al hombre que curó en la tierra de los gadarenos que fuera a su casa y a sus amigos, y les contara las cosas que Dios había hecho con él.^[5] No se esperaba que se acercara primeramente a los desconocidos o viajara a un país distante. Jesús dijo: “Ve a los tuyos”, a tus amigos, a tus compañeros de trabajo, de estudios, a tus vecinos. Se le pidió que, inicialmente, contara lo que Jesús había hecho en su favor.

La dinámica del testimonio es como una bola de nieve. “El siguiente día quiso Jesús ir a Galilea, y halló a Felipe, y le dijo: Sígueme. Y Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y Pedro. Felipe halló a Natanael, y le dijo...”^[6] ¿Se da cuenta de la dinámica? Andrés, Pedro, Felipe, Natanael. Uno contándole al otro: “Hallamos al Mesías”. Así es como Dios ha planeado cubrir la tierra con su

evangelio.

Este concepto bíblico del testimonio acaba con todos los temores que las personas sufren, y que finalmente terminan en la falta de voluntad de participar en el trabajo misionero. Veamos cuáles son esos temores:

Primero, nuestra inseguridad espiritual. Se nos hace difícil convencer a los demás de que Dios los aceptará como son, si nosotros mismos no estamos convencidos de que él nos aceptó como éramos. Es difícil presentar a Jesús a los demás si nosotros mismos no lo conocemos.

El segundo es el temor a fracasar. Preferimos dejar ese trabajo para los de “más experiencia”. Pero, en la obra de Dios, querido amigo, el éxito o el fracaso nunca fue de nuestra responsabilidad. Volvamos al texto: Andrés “halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías”, y lo llevó a Jesús. Esa es nuestra misión. Llevar a los hombres a Cristo. El se encargará de trabajar en el corazón humano.

El tercer temor es el de no tener el conocimiento necesario para responder las preguntas y los argumentos que puedan aparecer. Acuérdesse: si estamos hablando de testificar, es decir, de hablar de lo que Cristo hizo por nosotros, es de suponer que conocemos la historia mejor que nadie. No es preciso que los cristianos se transformen en teólogos y aprendan griego y hebreo para contar lo que Cristo hizo por ellos.

La otra objeción para no testificar es la falta de tiempo. Nuevamente esta objeción se basa en el falso concepto de que el testimonio es una actividad adicional en nuestro programa diario. Muchos piensan que la única forma de testificar es salir y dedicar horas y horas hablando con extraños y distribuyendo publicaciones en la calle. Pero para el que mantiene una relación con Jesús y tiene algo que decir, el testimonio se transforma en un estilo

de vida. Hablar de Jesús a nuestros familiares, a nuestros compañeros, vecinos, amigos, a los que nos encontramos en nuestro diario vivir, en la hora del almuerzo, en el recreo, en el trabajo, en los deportes, en el viaje, no exige una porción extra de tiempo.

Ahora quiero invitarlo, mi querido amigo, a participar de la maravillosa experiencia de contarles a los demás lo que Cristo hizo por usted. Escoja hoy a un amigo, un pariente, un compañero o un vecino, y cuénteles lo que Cristo significa para usted.

Referencias

[1] *El Deseado de todas las gentes*, p. 166.

[2] Juan 1:41.

[3] Juan 1:41.

[4] Mario Veloso, *Comentario del Evangelio de Juan*, p. 61.

[5] Marcos 5:19, 20.

[6] Juan 1:43, 44.

Jesús, tú eres mi vida

Usted no es, para Jesús, un simple número de una estadística. ¡Usted es una persona! Él se preocupa por usted, por sus sentimientos, por sus sueños, por sus alegrías y por sus tristezas.

Él llora por su dolor, y se alegra por su sonrisa. Usted es tan importante que un día él dejó todo y vino a este mundo para salvarlo. Conoce su nombre, sabe dónde vive y conoce sus ansiedades. Conoce su soledad, y sabe que usted lo necesita. Y, la gran maravilla, como lo muestra este libro, es que él puede ser suyo hoy mismo.

